

NEREA LLANES



**¿Qué  
harías si no  
hubiera  
consecuencias?**

CROSS  
BOOKS

NEREA LLANES

**¿Qué  
harías si no  
hubiera  
consecuencias?**



CROSSBOOKS, 2024  
crossbooks@planeta.es  
www.planetadelibros.com  
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto: Nerea Llanes, 2024  
© Editorial Planeta S. A., 2024  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: septiembre de 2024  
ISBN: 978-84-08-29210-4  
Depósito legal: B. 2.919-2024  
Impreso en España

#### Canciones del interior:

Pág. 88: *Ain't No Mountain High Enough* © Sony / ATV Music Publishing LLC, 1967. Compuesta por Nickolas Ashford / Valerie Simpson e interpretada por Marvin Gaye y Tammi Terrell.

Pág. 114: *She Looks So Perfect* © One Mode Productions Limited. Capitol Records UK, 2014. Compuesta e interpretada por 5 Seconds to Summer.

Pág. 138: *Jealous* © Tiltawhirl Music, Stellar Songs Limited, Round Hill Songs Josh Kear, 2014. Compuesta por Timothy Mckenzie / Natalie Hemby / Joshua Kear e interpretada por Labrinth.

Pág. 166: *You Are in Love* © Sony / ATV Music Publishing LLC, Universal Music Publishing Group, 2023. Compuesta por Taylor Swift y Jack Michael Antonoff e interpretada por Taylor Swift.

Pág. 170: *Steal My Girl* © BMG Rights Management, Downtown Music Publishing, Peermusic Publishing, Universal Music Publishing Group, Warner Chappell Music, Inc, 2014. Compuesta por Edward James Drewett / John Henry Ryan / Julian C Bunetta / Liam James Payne / Louis William Tomlinson / Wayne Hector e interpretada por One Direction

Pág. 214: *Illicit Affairs* © Sony / atv Songs Llc, Ducky Donath Music, Songs Of Universal Inc., Tasm Publishing, 2020. Compuesta por Taylor Swift y Jack Michael Antonoff e interpretada por Taylor Swift.

Pág. 228: *Say Don't Go (Taylor's Version)* © BMG Rights Management, Universal Music Publishing Group, 2023. Compuesta por Taylor Swift y Diane Eve Warren e interpretada por Taylor Swift.

Pág. 237: *Happier* © Sony / atv Tunes Llc, Liv Laf Luv, 2021. Compuesta e interpretada por Olivia Rodrigo.

Págs. 289-290: *History* © BMG Rights Management, Downtown Music Publishing, Peermusic Publishing, Universal Music Publishing Group, Warner Chappell Music, Inc., 2015. Compuesta por Edward James Drewett / John Henry Ryan / Julian C. Bunetta / Liam James Payne / Louis William Tomlinson e interpretada por One Direction.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# Nate

## Diciembre

Mi padre suspiró con decepción mientras miraba a mi hermano Liam. En la mano derecha sostenía el papel con sus notas.

Me acerqué a mi madre y le di un beso en la mejilla, ella me pasó la mano por el pelo para peinarme y me indicó que guardase silencio.

Vaya forma de empezar las vacaciones de Navidad.

—Has suspendido dos asignaturas —dijo la voz grave de mi padre.

Mi hermano asintió en silencio.

—Tu media es de seis, ¿te parece que puedo tolerar eso? —siguió.

Liam agachó la cabeza y negó.

—¿Qué quieres, ir por el camino de tu hermano?

El comentario fue un dardo directo, pero no era nada nuevo para mí.

Había recibido esa charla incontables veces. Nunca había sido un buen estudiante, no me sentía motivado con las asignaturas, y pasar tantas horas sentado en un pupitre me volvía loco. Tenía diagnosticado TDAH desde los nueve años.

Mis profesores de primaria me odiaban porque me le-

vantaba de la silla unas diez veces por clase. No me concentraba en lo que decían, me distraía con muchísima facilidad y molestaba a mis compañeros con comentarios o con cualquier chorrada porque era incapaz de frenar mis ganas de hablar. Tampoco es que tuviese un grado muy severo, pero me había complicado un poco la vida.

Lo único que liberaba parte de esa energía contenida, el único sitio donde me sentía yo mismo, donde encajaba, donde no tenía que intentar contenerme, era en deporte. Y aunque me costaba aprender las reglas, una vez que las tenía interiorizadas me resultaba fácil, y la disciplina que requería me ayudaba.

En cuanto mis padres se dieron cuenta me apuntaron a todos los deportes posibles: atletismo, fútbol, baloncesto, judo...

—No quiero volver a pasar por la misma vergüenza de tener que ir a recoger notas y solo ver suspensos. ¿Acaso hemos criado un par de tontos? Yo era un estudiante excelente, y tu madre, también.

Liam se estremeció al oír la palabra «tonto». Y yo me tensé.

Esa palabra me daba escalofríos, prácticamente definía mi vida. La gente siempre pensaba que era tonto. Empezando por mi padre, siguiendo por mis profesores y acabando por muchos de mis compañeros.

Pero ¿qué es mucho más fácil que luchar contra la idea de que eres tonto? Créértelo. Durante mucho tiempo pensé que lo era y actué como tal.

A veces prefería ser yo el que mostrase mis defectos antes de que nadie pudiese señalármelos, eso me daba cierto control sobre la situación. Era la mejor forma de sobrellevarlo.

Pero no quería que mi hermano tuviese que vivir con las mismas etiquetas que yo. No quería que, a sus trece años, esa palabra lo definiera como me había pasado a mí.

Miré a mi madre, que, como siempre, permanecía al margen.

—No nos decepciones, hijo. Sabes que tenemos la esperanza de que continúes con el bufete cuando yo me jubile.

Reprimí las ganas de bufar. Ya estábamos con lo mismo de siempre.

—Hola, papá, Liam —los saludé para interrumpirlo; no soportaba escucharlo ni un minuto más.

Mi hermano me miró como si acabase de ver al mesías. Era como verme a mí mismo con trece años: el pelo rubio largo con el flequillo peinado hacia un lado —a mi madre le encantaba el corte tazón—, el mismo color azulado de ojos, las extremidades largas y desgarbadas... Los dos éramos altos. Él era más tranquilo y me alegraba que no tuviera que enfrentarse a los mismos problemas que yo.

—Nathaniel, bienvenido a casa —me saludó mi padre con una palmada en la espalda.

Me estremecí ligeramente cuando usó mi nombre completo, solo él me llamaba así y nunca iba seguido de algo cariñoso.

Mi amigo Chris me invitó a su fiesta de pre fin de año, lo que me dio la excusa perfecta para largarme de vuelta a Riverford. Necesitaba salir y emborracharme. El ambiente en mi casa siempre era de lo más opresivo.

Le había escrito a Wes, mi mejor amigo, para que se uniese. Estaba deprimido porque su novia, Noa, que estaba estudiando en Tokio, no había podido venir para las vacaciones, pero me dijo que no le apetecía salir de fiesta.

Cole, mi otro mejor amigo, iba a pasar el fin de año en casa de sus padres con Dakota, su chica. De pronto todos mis

amigos tenían pareja. ¡Hasta Zoe y Emma, las otras dos del grupo, estaban juntas!

Chris vivía con cinco compañeros en una casa enorme a las afueras de Riverford. Las paredes vibraban por el sonido de los bajos de los altavoces.

Me quité el abrigo y lo lancé despreocupado.

Había guirnaldas, confeti, purpurina y chorradas típicas de la época. Me puse una boa y unas gafas de sol con la montura llena de cristales brillantes.

La luz estaba atenuada y habían colgado una bola de discoteca en el salón que mandaba destellos por doquier.

—¡Nate, tío! —me saludó Chris con un gesto entre un abrazo y una palmada.

—¡Chris, bro! —grité.

Antes de que me hubiese dado cuenta, ya tenía una copa en la mano. Me la bebí de un trago y fui hacia la zona de baile.

Me desabroché un par de botones de la camisa. Me saludaron algunos rostros conocidos mientras pegaban botes. La mitad eran compañeros de la facultad y a la otra mitad no los conocía.

No había mejor sensación que la euforia de estar entre una multitud desinhibida. Eché la cabeza hacia atrás mientras soltaba un grito animado.

La bola de discoteca giró, haciendo que sus cristales se reflejasen en el top de lentejuelas de una chica. Por un momento la luz me cegó y parpadeé.

Subida a una mesita, meciéndose con suavidad al ritmo de la música electrónica, estaba la causante de esos destellos.

Llevaba puesto un top en forma de mariposa y una falda vaquera de tablas; ni siquiera necesitaba tacones: era altísima. Recorrí sus piernas con la mirada y me parecieron infinitas. Su pelo rubio y largo le caía suelto en ondas hasta la cintura.

Se giró y nuestros ojos se encontraron en la distancia. Me sonrió y sentí la adrenalina quemarme las venas.

Joder, era un puto ángel.

La gente a mi alrededor parecía moverse a cámara lenta mientras los esquivaba para ir hasta ella. Como si estuviese luchando contra una marea de cuerpos, me abrí paso a brazadas. Nuestros ojos no se separaron ni un segundo. El mundo se apagó en tonos grises mientras nosotros brillábamos a todo color.

—Hola —dije, mirándola desde abajo.

Sus pestañas batieron ligeramente y me dedicó una sonrisa amplia.

—Hola.

El mundo recuperó su velocidad normal, y esta vez fuimos nosotros los que parecimos ir a cámara lenta, como si estuviésemos en medio de una autopista y las estelas de las luces de los coches nos rodeasen.

Puede que esa copa me hubiese subido muy rápido, pero la forma como sus ojos se clavaban en los míos también tenía la culpa.

Ella se apoyó en mi hombro y bajó de la mesita. Sus labios carnosos estaban a escasos centímetros de los míos, y me fijé en que tenía un lunar justo encima, a la izquierda.

Tragué.

—Soy Nate —dije por encima de la música, y le tendí la mano.

Parpadeó, pensativa.

—Yo soy... Sun —contestó con una voz que era dulce como el azúcar. Me estrechó la mano. No me soltó de inmediato.

—¿Estudias en la Universidad de Riverford?

—¿Qué? —me preguntó, acercando la oreja a mi boca.

—Que si estudias en la Universidad de Riverford.

Sun negó y su pelo me hizo cosquillas. Olía a verano, mi estación favorita.

—Estoy de visita, una cosa llevó a otra y he acabado aquí. Mañana habré desaparecido, como un sueño... o una pesadilla —contestó, encogiéndose de hombros.

—¿Te has colado?

—Se podría decir que sí.

Entonces una idea me cruzó la cabeza. Antes de poder procesarlo, mi boca se puso en marcha.

—¿Quieres que tengamos una cita?

—¿Qué? —me preguntó desconcertada.

—Tú y yo. Una cita. Ahora mismo.

Ella soltó una carcajada musical.

—Ni siquiera te conozco.

Le dediqué mi sonrisa de anuncio de pasta de dientes, esa que dice: «Hola, soy un buen tío».

—Esa es la idea, que nos conozcamos. Si solo tenemos esta noche, no disponemos de mucho tiempo, así que tendremos que acelerar el proceso.

La expresión de su rostro cambió. De pronto, la diversión brilló en sus ojos. Moviò el peso de un pie a otro y cruzó los brazos; destilaba seguridad en sí misma.

—Me gusta. ¡Me encanta la idea, de hecho!

Un pequeño escalofrío me bajó por la espalda. Puede que hubiese encontrado a alguien tan pirado como yo. Me pareció la hostia.

—Ven, vámonos.

—¿Adónde?

—Ahora lo verás. Soy una caja de sorpresas, como un mago.

Ella soltó una carcajada y echó la cabeza hacia atrás. Me gustaba cómo se reía con todo el cuerpo.

—Me encanta la magia.

Tardamos en salir porque no encontraba mi abrigo; al final lo localicé sobre el ficus de la entrada. Sun apareció envuelta en el suyo, que era de color amarillo suave y tan largo que casi rozaba el suelo.

—¿Te importa ir en moto?

Ella negó con la cabeza. Le pasé un casco, me subí y Sun me siguió con un movimiento ágil.

—Puedes agarrarte a mí si quieres —le sugerí—, así pasarás menos frío.

Me rodeó con los brazos y se agarró a mi cinturón con sus manos de dedos largos. Me fijé en que tenía las uñas pintadas con pequeños dibujos de colores.

—Me da la sensación de que tienes esto muy estudiado.

Me gustaba su forma de hablar, tenía una cadencia lenta y musical. Su aliento me rozó la piel detrás de la oreja y me estremecí.

—La verdad es que es la primera vez que lo hago.

Sus ojos se estrecharon, valorando si me creía o no.

—También es la primera vez que alguien me invita a salir así.

—Te aseguro que nunca has conocido a nadie como yo.

—Me gusta la seguridad que tienes en ti mismo, Nate. Yo te aseguro que jamás conocerás a alguien como yo.

La forma en la que pronunció mi nombre me fulminó, como si un rayo me acabase de recorrer el cuerpo de punta a punta. ¿Quién era esa tía y qué clase de magia divina la había creado?

—Y bien, ¿cuál es nuestra primera parada?

—La cena, por supuesto. Toda buena cita empieza por ahí.

Vi la señal luminosa del McDonald's, puse el intermitente y fui hacia la ventanilla.

—Buenas noches, dos de patatas grandes —dije por el interfono.

—¿Algo más? —me contestó una voz femenina.

—No, es que tenemos una noche muy ajetreada —le expliqué—. Te gustan las patatas fritas, ¿verdad? No podría tener una cita con una persona a la que no le gustasen.

—Por supuesto que me gustan. ¿Me has visto cara de extraterrestre?

A Noa le habría caído bien.

Mientras esperábamos a que nos entregasen el pedido, saqué el móvil y mandé un mensaje rápido.

—¿Alguna vez has viajado en avión mirando las nubes y has pensado que sería la hostia poder salir y pasear por encima de ellas? —le pregunté mientras recogíamos las patatas y nos marchábamos.

—Nunca he viajado en avión —reconoció Sun—. Pero siempre he querido volar; creo que si pudiese elegir en qué reencarnarme, escogería ser un pájaro. Desde allí arriba todo tiene que ser tan diferente... —Su voz sonó soñadora—. Y si quisiera largarme, solo tendría que abrir las alas y desaparecer.

La vi por el retrovisor extender los brazos y echar la cabeza hacia atrás. Aceleré y el viento le agitó el pelo. Las luces de la ciudad se difuminaban ligeramente, enmarcándola con puntos brillantes; su imagen era pura belleza.

Sonreí.

—Entonces te voy a llevar a dar un paseo por el cielo.

Shade, una compañera de clase, hacía grafitis en su tiempo libre, y un par de semanas atrás me había enseñado su última obra. Había pintado el cráter de una pista de *skate* como si fuese el cielo.

Me vibró el móvil y curvé los labios, satisfecho.

Le indiqué a Sun que me siguiera y tecleé el código que me acababa de mandar Shade.

—¿Debería temer que me hayas traído aquí para matarme? —me comentó con toda tranquilidad mientras entrábamos.

Si lo pensaba en serio, no mostró ni un ápice de temor.

—¿No te fías de mí?

—¿Tú lo harías?

—Bueno, tienes razón... Y, sin embargo, aquí estás.

—Sí, aquí estoy. Yo siempre he sido algo temeraria —añadió—. Pero ¿por qué iba a perderme la posibilidad de tener la mejor cita de mi vida? Además, soy cinturón azul de karate.

Sun me dedicó una media sonrisa que no tenía nada que ver con diversión o felicidad, era más bien una advertencia implícita.

Suspiré.

—Con cada cosa que descubro de ti me gustas más.

Ella abrió los ojos, sorprendida por mi confesión.

—¿Eres siempre así de directo?

Yo me encogí de hombros.

—No es más que la verdad.

La guie por los pasillos, siguiendo las indicaciones que me había dado Shade. Llegamos a unas puertas dobles de metal, empujé la barra y las abrí de forma ceremoniosa para dejarla pasar.

Era aún más impresionante en persona que en las fotos.

El recinto tenía unos focos enormes apuntando a la pista, que era del tamaño de una piscina grande. El cráter estaba pintado del azul claro de los días de verano y tenía nubes por aquí y por allá.

Sun ahogó un grito de sorpresa.

—Bienvenida al cielo.

Se giró hacia mí con la boca abierta en forma de O, y los ojos le brillaron.

Me lancé de un salto hacia el borde y descendí corriendo por la inclinada pendiente.

—¡Yujuuu! —grité como un niño.

Sun me siguió riéndose a carcajadas. Se quitó el abrigo y lo tiró al suelo. Me perdí un momento en ella: en sus facciones dulces, en el lunar que tenía sobre el labio, en su piel bronceada, en el color único de sus ojos, en la elegancia de sus movimientos...

Tragué con dificultad y le tendí la mano.

Ella me la estrechó sin dudarle y entrelazó sus dedos con los míos.

—¿Cómo has encontrado este sitio?

—Tengo mis recursos.

Nos recostamos en el suelo y empezamos a comer patatas fritas entre las nubes.

—Tenías razón, esta es oficialmente la mejor cita de mi vida —susurró Sun.

Giró la cara hacia mí y me miró a los ojos. Su larguísimo pelo se extendía como los rayos del sol por la superficie azulada. Estábamos tan cerca que podría contarle las pestañas.

—Y esta solo es la primera parte —dije en voz queda.

Tuve la tentación de borrar los pocos centímetros que nos separaban y besarla. Quería descubrir a qué sabía. Pero todavía no era el momento. Y tuve que esforzarme por frenar el impulso. Normalmente necesitaba obtener las cosas al momento, aunque a veces, cuando quería algo demasiado, deseaba poder esperar, que el anhelo creciese, que la impaciencia se acumulase, porque entonces la recompensa era inigualable. Alargaba el placer y hacía que el

momento no fuese tan efímero. Casi nunca lo conseguía, sin embargo.

Aparté la mirada de su boca para distraerme.

Le acaricié el brazo desnudo y sentí cómo se le erizaba el vello.

—¿Tienes frío?

—No.

Me puso la mano en la mejilla, pasó sus dedos por mi barba de tres días. Me había dado pereza afeitarme.

Sun cerró los ojos.

—Eres como el sol, Nate.

Qué curioso, yo había pensado lo mismo de ella.

Su pecho subió y bajó, más rápido y agitado. No pude evitar fijarme en su escote y se me secó la garganta.

—¿En qué piensas? —me susurró.

—En que cuando te bese me va a explotar el cerebro.

Ella resiguió la línea de mi mandíbula y luego bajó, dibujando el contorno de mi cuello. Su caricia me recorrió como un rayo.

—Todavía no puedes besarme, no hemos llegado ni a los postres —dijo en voz baja y suave, provocándome un escalofrío.

—¿Qué estás haciendo en Riverford?

Algo triste cruzó sus ojos, pero se fue demasiado rápido.

—Me encanta caminar entre desconocidos, ser una chica en blanco. Necesitaba eso. Mañana el hechizo se habrá terminado y volveré a casa, a ser la Su... —se aclaró la garganta—, la Sun que está llena de manchas.

—Lo entiendo —dije—. A veces, estar en casa puede ser un peso aplastante. Yo también he huido, las navidades nunca son una época fácil. —Choqué mi cartón de patatas fritas con el de ella—. Por lo inesperado.

—Por lo desconocido —respondió, sonriéndome, y nos terminamos las patatas.

Me puse de pie de un salto y le tendí la mano para ayudarla a levantarse.

—Es hora de ir a por el siguiente punto de la lista.